Solos en la Oscuridad

Miranda Soriano

Capítulo 1

El salón de detención siempre fue el más temido.

No porque te impedía salir temprano de clases, no porque era una habitación sin ventanas ni pizarra, no por el enorme reloj colgado en la pared que les restregaba la realidad, no porque podías encontrarte con chicos mayores y terminarías convirtiéndote en su nueva mascota.

No.

Nada de eso tenía la culpa del pavor que todos le tenían a aquel salón. La culpa era solo de la señorita Navarro.

Entre los niños corrían rumores de que era una bruja, de que nunca salía al patio en el recreo porque la luz del sol le achicharraría la piel, de que no se alimentaba frente a otros porque en realidad su dieta consistía de carne humana.

Todos la odiaban. Había mil chismes acerca de ella, pero sólo uno era completamente verdad: se divertía enviando a todos a detención.

¿Llegaste un minuto tarde a clase? Detención. ¿Caminaste demasiado rápido en los pasillos? Detención. ¿Hiciste una mueca tantito sospechosa cuando ella estaba mirando? ¡Detención!

Y ese día no fue la excepción para Esteban, ahora siendo arrastrado hasta el salón por la bruja, quien lo encontró vagando entre los pasillos cuando debería haber estado atendiendo a su clase de Ciencias.

Esteban no traía ningún pase encima, y la bruja lo había asustado tanto que sólo logró sonrojarse y soltar balbuceos sin ningún sentido.

La señorita Navarro lo arrastró hasta el segundo piso y pronto entraron al salón de detención, que tenía ya a otros siete u ocho alumnos dentro, distribuidos entre los asientos.

Todos se giraron a mirarlos. Esteban sintió que podría echarse a llorar mientras ella lo jaloneaba hasta una banca solitaria.

Nunca había estado allí. Su maestra de Ciencias entendía que Esteban no podía tomar su clase por situaciones personales, pero a Navarro no le importaba. Y Esteban se había olvidado de cómo hablar.

—Te quedarás aquí hasta que yo diga que puedes irte —ladró Navarro —.

No me interesa si eres el último en dejar la escuela.

Esteban asintió entre escalofríos. Navarro entonces dirigió una dura mirada a todos los presentes; nadie dijo nada, nadie se atrevió si quiera a respirar hasta que ella regresó hasta la puerta y salió, asegurándola con llave hasta que fuera hora de regresar.

—Maldita bruja —dijo un chico. Esteban no lo conocía, ni al amigo a quien le hablaba —. No me puedo creer que nos haya castigado por quedarnos encerrados en las duchas.

—Está loca y es malvada —continuó el otro —. Creyó que nos intentábamos saltar clases, y cuando intentamos explicarle ni siquiera nos escuchó.

—A mí igual… —susurró Esteban para sí.

—Todo por culpa de lo viejo que es el edificio —siguieron hablando —. Todas las puertas se atascan a cada rato, ¿no iban a repararlas?

—Mis papás estaban diciendo algo así el otro día… Pero se supone que todo el dinero para reparar las puertas se ha ido en intentar reparar la caldera del sótano, por las tormentas y todo eso.

—¿Para calentar la escuela?

—Se supone.

—¡Pero si ni se nota el cambio!

—A mí qué me dices… De todos modos, si se fuera a descomponer por completo, la escuela se enfriaría mucho más, ¿te imaginas?

—¿Y la tormenta de hoy? Mi mamá dijo que iba a ser una de las peores. Estuvo a poco de no enviarme a clases, pero teníamos examen…

—Como sea —interrumpió —, hoy nos dejarán salir más temprano… Bueeeeno, pero si la bruja nos ha castigado… ¿A qué hora crees que nos deje salir?

—Yo qué sé.

—¿Y si no alcanzamos ningún bus a casa? ¡Jaja! ¿Y si hay una inundación y nos quedamos aquí atrapados? ¡Sería épico!

—Estás demente —gruñó, tamborileando los dedos en su pupitre.

—Cálmate. Hay bomberos que podrían salvarnos, ¿no?

—Los bomberos pelean contra el fuego, no el agua.

—Ahhh… ¿Y los marines?

—¡Podría ser!

Esteban dejó que las dos voces se transformaran en parte de la ola uniforme de murmullos inundando el salón.

Miró al suelo por varios segundos, pensando. En verdad no había considerado las consecuencias de permanecer en la escuela tan tarde; probablemente, para cuando saliera, la tormenta acabaría haciéndole daño o lo metería en más problemas.

Se mordió el labio inferior.

¿Cómo iba a explicarle algo así a papá y mamá?

Ellos nunca lo recogían de la escuela porque no tenían tiempo, pero siempre esperaban que llegara a casa varias horas antes de la hora de la comida… Algo que no estaba seguro que ocurriera hoy.

Se ajustó la chamarra.

Al dar las tres de la tarde, la escuela comenzó a vaciarse, pero los chicos en detención permanecieron sentados, mirando el reloj.

Cinco minutos más tarde la puerta se abrió y el salón quedó en un silencio de penumbra. La señorita Navarro entró y cerró la puerta.

—La tormenta empeorará en una o dos horas, según el pronóstico —dijo, tomando asiento en el escritorio, y soltó un suspiro decepcionado —. El director me ha dado instrucciones de dejarlos salir en treinta minutos, pero, si por mi fuera, se quedarían todos aquí hasta la media noche.

Rodó los ojos. Nadie habló.

—¿Todos de acuerdo?

Asintieron.

La escuela quedó vacía salvo por ellos.

Dos minutos antes de las cuatro, rompiendo su promesa (aunque a nadie le sorprendía), la señorita Navarro permitió que varios chicos se fueran,

llamándolos por su nombre e indicando la salida con un gesto.

El salón fue vaciándose. Esteban se quedó sólo con ella, sintiendo más frío cuando la tormenta cobró intensidad. Tragó saliva y miró a la maestra, que parecía ignorar por completo su presencia.

—Esto… ¿Señorita…? —murmuró —. Soy el único que queda aquí… ¿Puedo…? ¿Puedo irme?

—No —gruñó, dirigiéndole una mirada asesina. Esteban se congeló —. Creí que habías entendido bien mis instrucciones, ¿o las olvidaste?

—Lo, lo siento… Pero…

—Te quedarás aquí hasta que yo lo diga. Ni más ni menos.

—Es que… Bueno, tengo que llegar pronto a casa —su voz temblaba y no podía sostenerle la mirada a la bruja —. Y la tormenta…

—Estarás bien.

Navarro parecía querer decir algo más, pero de sus labios salió un bufido extraño, como si le hubieran golpeado el estómago. Cerró los ojos y se llevó una mano a la frente para sobársela.

—¿Maestra?

—Guarda silencio —alzó otra mano para que el niño callara, y luego negó con la cabeza —. Bien. Podrás irte en cuanto vuelva de la sala de maestros, ¿entendido?

—¿Le pasa algo?

—No es nada —se puso de pie, recogiendo sus cosas —. Ahora cállate y espérame aquí.

Esteban asintió y Navarro respondió desapareciendo tras la puerta, tan rápido que se olvidó de echar llave.

Capítulo 2

—Es una maldita —chilló, pateando el suelo. Echó otro vistazo al reloj e hizo una mueca —. Diez… Quince minutos…

Incluso su voz sonaba demasiado ruidosa en el salón desierto.

Parpadeó pensativo y se levantó con rodillas temblorosas para caminar hasta la puerta. Tuvo que respirar profundo varias veces hasta que se armó de valor para tomar el pomo y girarlo.

La abrió lentamente, asomándose por la abertura diminuta.

Nadie.

Escuchó a lo lejos cómo la tormenta había arreciado, sin dar señales de terminarse pronto. El aula pareció más helada de repente, y Esteban notó cómo su respiración se volvía pequeñas nubes de vapor frente a sí.

Sorbió su nariz, volviendo la mirada al reloj. ¿Debía quedarse allí o salir a buscar a la maestra?

Inspeccionó su alrededor varias veces, dando vueltas en el salón, asomándose por la puerta, escuchando el silencio, casi esperando que alguien apareciera y le tomara de la mano para decirle que todo estaba bien y que podía irse a casa.

Pero no había absolutamente nadie.

Los otros salones estaban cerrados y las luces de todo el lugar estaban apagadas. Lo poco que se alcanzaba a distinguir era gracias al sol oculto detrás de las nubes que cubrían por completo el cielo.

Esteban se cruzó de brazos. Seguro hasta el conserje se había ido de allí, temiéndole a la tormenta como el resto.

Se asomó una última vez por la abertura de la puerta y se decidió a salir tras tomar su mochila.

Tragó saliva mientras avanzaba un par de pasos.

—¿Señorita? —dijo, casi suplicante, y apenas pudo escucharse a sí mismo —. ¿Señorita Navarro?

La oficina de profesores quedaba en el tercer piso, a su derecha, y caminó lentamente en esa dirección, mirando constantemente por sobre su hombro. Las sombras parecían moverse cuando él no miraba, y tenía la

sensación de que alguna cosa podría saltarle sobre la espalda tan pronto él se descuidara.

—¡¿Hola?! —por fin gritó —. ¿Maestra? ¡¿Está aquí?!

El rugido de un relámpago le respondió. La tormenta era lo único que escuchaba como réplica.

Avanzó sin parar de gritar el nombre de la maestra y parecía que, a cada paso que daba, la tormenta se volvía más feroz, y pronto el terror de quedarse allí encerrado hizo que sus escalofríos se volvieran temblores. Su corazón comenzó a latir más rápido, sintiendo la piel de gallina con los propios ecos de su voz.

Cuando estuvo a punto de poner un pie sobre el primer escalón que daba al tercer piso, escuchó algo a sus espaldas.

Gritó y se giró en redondo con los ojos como platos.

—Hola —dijo un chico, de pie a unos diez metros de distancia, falto de aliento.

Esteban se quedó congelado en donde estaba hasta que el chico se acercó lo suficiente para poder verlo claramente.

Era de tez blanca, cabellera castaña con un corte descuidado, y ojos marrones claro que, incluso ante tan poca luz, brillaban adorablemente. Era más bajito que Esteban, pero probablemente tenían la misma edad.

—Soy Irving —dijo, sonriente, mientras se secaba el sudor de la frente.

—…Hola —fijó la vista en sus agujetas —. ¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

—Pues yo estudio aquí.

—No, digo… ¿Qué haces aquí tan tarde?

—¡Ohh! Claro, lo siento. Pues, verás, mis padres no han llegado a recogerme. Creo que la tormenta les ha estropeado el auto. Les pasa muy seguido, por la humedad y esas cosas… Bueno, como sea, estaba buscando un teléfono para llamarlos, y fue entonces cuando te encontré caminando por aquí.

Esteban asintió.

—¿Te asusté? —siguió Irving —. Si lo hice, lo siento, pero te entiendo. Este lugar es horrendo cuando está vacío. Y cuando está lleno, también, ¡jaja! Pero ahora lo es más, y el clima tampoco ayuda mucho, ¿verdad?

Da algo de miedo —obtuvo otro asentimiento y se acercó más a Esteban —. Y, oye, ¿qué haces tú aquí? Creo que no te había visto antes, ¿cómo te llamas?

—Esteban —murmuró —. La señorita Navarro me metió a detención.

—¡Ah, esa maldita! Yo la odio. Pobre de ti.

—Ya quiero irme, pero ella salió del salón hace rato y me dejó solo. No ha regresado desde entonces, así que…

—Saliste a buscarla —interrumpió, llevándose una mano a la barbilla —. Bueno, bueno… Sí. Quizá, si la encontramos, podamos salir de aquí. Por muy mala que sea, es una maestra y tiene que ayudarnos, ¿no crees?

—Eso espero.

—¿Te ayudo a buscarla?

Esteban apartó la vista lentamente de sus propios pies. La sonrisa de Irving era exagerada, y lo ponía a partes iguales nervioso y tranquilo; a pesar de reconocer que no lo había visto antes, no parecía una mala persona.

—…Está bien.

—¡Bien! —gritó, con otra gran sonrisa.

Comenzaron a subir los peldaños juntos.

—Ella… —dijo Esteban —. Creo que debe estar en la sala de maestros. Parecía sentirse enferma… A lo mejor… Se quedó dormida o algo así.

—Puede ser —Irving se rio —. Por cierto, ¿en qué grado estás? ¿Qué edad tienes? Nos vemos de la misma edad, ¿no crees?

—Estoy en sexto grado, clase A. Tengo once.

—¡Ey, yo igual! —gritó, pegando un brinco justo cuando alcanzaban el tercer piso —. Sólo que yo estoy en la clase B. Por eso de los apellidos, creo. Me apellido Rubio, ¿y tú?

—Caballero…

—Es por los apellidos, seguro; mira, la R de Rubio y la C de Caballero están muy separadas, ¿a que sí?

Esteban tuvo ganas de decirle que se callara, pero escuchar cómo comenzaba a entonar la canción del abecedario era mejor que dejarse engullir por el rugir de la tormenta. Y quién sabe, a lo mejor hablar tanto lo calmaba.

—No recordaba que la escuela fuese tan enorme —dijo Irving, echando una mirada hacia el techo, que parecía muchísimo más lejano que nunca —. Ni recordaba que estuviese tan fría.

—Sí… —Esteban miró de un lado al otro. Este piso estaba tan desolado y daba tanto miedo como el anterior —. Por cierto…

—¿Hmm?

—Cuando te encontraste conmigo… Parecía que habías estado corriendo —se volvió a mirar a Irving —. ¿Por qué corrías?

—Oh, es cierto —murmuró él, pensando en cómo responder —. Bueno, verás, yo estaba en el primer piso, como te dije, buscando un teléfono o algo. Allá abajo está muy oscuro, así que tenía algo de miedo porque nunca me ha gustado la oscuridad, ¿a quién sí? Como sea, intenté entrar a la oficina de la secretaria porque me pareció lógico que tuviera un teléfono ahí dentro, pero la puerta tenía llave.

—Ajá…

—Seguí caminando sin saber a dónde ir por un buen rato hasta que me senté en el piso para descansar un poquito y… Entonces… Luego de eso…

Esteban se detuvo y así lo hizo Irving, quien fruncía el ceño profundamente.

—¿Qué pasó?

—Escuché que alguien gritaba —murmuró, negando con la cabeza —. No, creo que eran varias personas, y me dio miedo y salí corriendo.

—¿Cuántas personas eran?

—No sé, quizás dos o tres, o cuatro. El punto es que eran más que una —hizo una pausa para respirar y calmarse —. Y sonaban como atrapados, ¿me entiendes? Como detrás de una puerta.

—¿En serio?

—Sí. Y ahora que lo pienso, a lo mejor y hasta pueden ser otros niños,

como nosotros. ¿Tú qué crees?

—Si escuchaste los gritos desde el primer piso… Debe de haber alguien más allá abajo. Mi voz no es tan ruidosa como para oírse desde tan lejos —se mordió el labio inferior —. Quizás… A lo mejor se quedaron atrapados aquí, como tú y yo. Escuché que hay puertas que se atascan.

—¡Quizás eso les pasó! —pegó otro brinco, emocionado por razones que Esteban no entendía, pero lo hizo sonreír —. Entonces, ¿quieres ver si hay alguien allá? A lo mejor necesitan ayuda y por eso gritaban.

Esteban intercambió una mirada pensativa entre los ojos de Irving y el final del pasillo, donde podía verse la puerta a la oficina de maestros. Torció el gesto por unos segundos, pero terminó asintiendo.

—Creo que debemos estar seguros —dijo, volviendo por donde habían venido.

—Me parece bien —Irving se le unió —. Después podremos buscar todos juntos a la maestra y salir de aquí.

Sonó un relámpago cual latigazo, sorprendiéndolos a ambos, e Irving inmediatamente se apretó contra la espalda de Esteban. Ninguno se movió hasta que el sonido desapareció por completo.

—Lo siento —dijo Irving, pero no se apartó de él, en cambio, le tomó de la mano. Esteban frunció el ceño y sintió que sus mejillas ardían —. Pero no te alejes.

—Tran… Tranquilo —escupió —. Vamos a estar bien. Andando.

Capítulo 3

Esteban e Irving se apresuraron a bajar a toda prisa hasta la primera planta.

Al llegar allí, echaron rápidos vistazos por los pasillos que solo dejaban ver aulas con puertas cerradas y casilleros grises con candados.

—¿Escuchas algo? —murmuró Esteban.

—¿Aparte de la tormenta? No, aquí no —Irving avanzó algunos pasos, jalando a Esteban de la mano para que hiciera lo mismo —. Yo me encontraba por acá cuando los escuché. Sígueme.

Atravesaron un pasillo y luego giraron a la derecha, en donde solo había una ventana, contrario al resto de los corredores. La oscuridad predominaba mucho más que en cualquier otro lado. Irving apretó la mano de Esteban y se detuvo en seco para mirarlo.

—Estaba aquí —señaló el espacio vacío bajo la ventana, a varios metros de distancia —. Sentado, justo allí.

—Quizás estén en algún salón —dijo Esteban, entrecerrando los ojos para ver mejor —. ¿Qué hay allá al fondo?

—Esa es…

—¡¿Hola?! —gritó alguien, su voz, amortiguada. Irving quiso salir corriendo, pero Esteban lo sostuvo firmemente —. ¿¡Hay alguien allí? ¿Hola?

—¿Dónde…? ¿Dónde estás? —gritó Esteban con voz temblorosa.

—¡En la biblioteca!

—¡Ah! —Irving saltó —. Al fondo está la biblioteca.

Salió disparado hacia allá, seguido de Esteban. Se encontraron con una vieja puerta de madera que parecía haberse hinchado. Esteban la empujó un par de veces, pero no logró nada, mientras Irving intentaba ver por la diminuta abertura que daba hacia dentro.

—¿Cuánto llevan ahí?

—Una hora o algo así —la voz ahora sonaba mucho más clara —.

Olvidamos unos libros y desde entonces no pudimos abrir la puerta.

—Nos van a sacar de aquí, ¿verdad? —se entrometió una segunda voz. Ambos eran varones.

—Eso intentamos —gruñó Esteban, zarandeando a Irving para que lo ayudase a empujar —. ¿Solo están ustedes dos ahí dentro?

—Sí… Hey, ¿qué tal si nosotros empujamos la puerta mientras ustedes la jalan desde allá?

—Vale —Irving se secó las manos sudadas en los pantalones y se puso al lado de Esteban —. A la de tres. Una… Dos… ¡Tres!

Los cuatro comenzaron a jalar y empujar, soltando gruñidos y quejidos por el esfuerzo. Alguien del otro lado de la puerta resbalo y cayó al suelo, pero de inmediato volvió a ponerse de pie.

Comenzó a escucharse un rechinido largo y muy agudo.

No se detuvieron ni siquiera para recuperar el aliento; más rechinidos.

CRACK

—¡AAHHHH!

La puerta se abrió y arrojó por los aires a los cuatro. Cayeron unos sobre otros, pero se levantaron de inmediato, sacudiéndose y ayudándose entre sí.

—Creo que la rompimos… —dijo Irving, mirando la puerta con ojos como platos.

—Agh…

—¿Están bien? —preguntó Esteban, mirándolos por turnos.

—Sí, ay… Gracias —dijo uno de ellos. Era moreno, de cabello negro y muy rizado. Estaba ruborizado por el esfuerzo —. Gracias, en verdad. Eh, me llamo César.

—Gracias por ayudarnos —dijo el otro. Era el más alto de los cuatro, pecoso, y de cabello corto y brillante —. Soy Mateo.

Esteban e Irving se presentaron, e Irving les explicó lo que les había pasado juntos hasta entonces. Apenas terminó, comenzó a preguntar si alguno de sus padres podía venir a buscarlos para sacarlos a todos de ahí.

Obtuvo negativas.

—Mi mamá hoy trabaja hasta tarde —dijo César —. Probablemente crea que ya estoy en casa.

—Mis padres nunca vienen a buscarme —dijo Mateo —. Y suelo quedarme en casa de César después de clases, así que seguro no están preocupados por mí.

Irving suspiró, desanimado por un instante.

—Creo… —comenzó Esteban, y se puso nervioso cuando todos se giraron a mirarlo. Se relamió los labios —. Creo que deberíamos buscar a la maestra.

—Vale.

—Parece nuestra única opción.

—¡Bien! —Irving saltó, colocando un brazo sobre los hombros de Esteban —. Tú nos dirigirás, ¿sí? Vamos.

Volvieron al pasillo que los dirigía hasta las escaleras, intentando hablar para ignorar el caos del mundo exterior.

Sin decirlo, compartían un sentimiento de inquietud que no paraba de crecer en sus entrañas. No sabían qué era, pero ahí estaba, como un fantasma acosándolos.

Se sentía como saber que algo malo estaba ocurriendo allí adentro y solo ellos podían enfrentarlo. Juntos.

Llegaron a la sala de maestros tras unos minutos. Esteban miró a los demás, pero ninguno se movió. Se mordió el labio.

Avanzó un paso y dio unos golpecitos a la puerta.

—¿Señorita Navarro?

Relámpagos. Lluvia. Silencio en la sala.

Mateo suspiró frustrado y abrió la puerta violentamente.

—¿Ah...? Aquí no hay nadie.

—¿Qué? —gruñó Irving, empujándolo a un lado para ver por sí mismo.

Pronto los cuatro estaban dentro de la sala vacía. ¿La maestra había desaparecido de repente? Las sillas, los libreros y las mesas estaban bien ordenados. Salvo por el cajón abierto de un mueble, todo estaba intacto.

—Dijeron que estaba aquí —gruñó César —. ¿No nos iba a sacar de la escuela?

—Si se hubiera ido, nos hubiéramos dado cuenta —dijo Esteban, abriendo y cerrando los puños como si eso le ayudara a encontrar una respuesta.

—Hay que encontrarla pronto —murmuró Mateo, señalando el foco que colgaba del techo. Comenzaba a parpadear —. Porque la tormenta no tarda en arruinar la electricidad.

Capítulo 4

—Puedo ver su auto desde aquí —dijo Irving, que había pegado la frente contra una de las ventanas de la habitación. Los demás se le acercaron y él señaló hacia el estacionamiento. Solo un auto plateado estaba a la vista, siendo azotado por la tormenta —. Eso significa que la maestra no se ha ido.

—Busquémosla —dijo Mateo —. César y yo podemos buscarla en este piso, y ustedes pueden hacer lo mismo en el piso de abajo.

Inmediatamente Esteban e Irving negaron con la cabeza. César titubeó, pero también acabó negándose.

—Mala idea —dijo Irving —. No quiero que nos separemos. Podría pasarnos algo malo, como cuando ustedes se quedaron encerrados. —Los miró a todos —. Estaremos más seguros si vamos juntos.

—Sí —dijo César, asintiendo con energía.

—¿Entonces tienes una mejor idea?

—Oigan… —murmuró Esteban, con la mirada perdida —. Creo que deberíamos conseguir una linterna, por si nos quedamos sin luz. Mientras tanto… Nos podríamos topar con la maestra.

—¡Bien pensado! —dijo Irving.

—¿Dónde podría haber una? —preguntó César.

—Tal vez… En el almacén del conserje.

—¿Y qué tal si no hay linternas? —observó Mateo.

—Deberá tener una de esas lámparas de aceite, o fósforos y una vela, en el peor de los casos. Oye, Esteban, ¿y el almacén?

Hizo una mueca.

—Tendremos que bajar de nuevo —suspiró y caminó a la salida, seguido por los demás —. Está cerca de la puerta que da al sótano, donde está la caldera.

—¿Cómo es que sabes dónde está todo eso? —dijo César, genuinamente sorprendido.

A Esteban le dio vergüenza responder que llevaba varios años sin salir al patio en los recesos porque no tenía a nadie con quien pasarlos y en cambio se ponía a investigar la escuela.

Se ruborizó y alzó los hombros.

—Sólo lo sé.

Cuando llegaron al primer piso, el sol ya estaba desapareciendo tras el horizonte. No faltaba mucho para que la total oscuridad envolviera la escuela, y la tormenta continuó tornándose más agresiva; había más relámpagos tras cada minuto que pasaba. Con el silencio en el edificio, los chicos podían escuchar el viento soplando sin piedad allá afuera.

Antes de llegar al almacén, se asomaron por una ventana que daba a la calle principal. Hace un minuto creyeron haber escuchado un estruendo fuera de la escuela. El rugido del agua corriendo se volvió tan fuerte que era casi ensordecedor; un torrente de agua corría calle abajo como un río marrón y gris.

—Dios…

Observaron la escena con la poca luz que brindaban los relámpagos.

La tapa de un desagüe salió por los aires debido a la presión insoportable del agua que pasaba por debajo, haciéndose pedazos que fueron arrastrados por la corriente. Toda la porquería y residuos se desbordaron por el agujero en el suelo, mezclándose con el agua de la tormenta.

Por la manera en que la calle se inundaba, lo mismo debía de haber ocurrido con el resto de los desagües desde varias manzanas alrededor.

—La ciudad está inundada —susurró Esteban. Justo como aquellos chicos habían dicho —. Ya no vamos a poder salir de aquí.

—¿De qué hablas? —preguntó César, apartándose a duras penas de la ventana para poder mirarlo.

—Hablo de que estamos atrapados —señaló hacia afuera y más allá —. La calle ya ni siquiera existe, todo está cubierto de agua, y así no podemos cruzarla; ni nosotros, ni los autos, o los bomberos o la marina… Tendremos… Tendremos que esperar a que la tormenta se acabe, ¡y quién sabe cuándo pase eso!

El ruido de cerámica estrellándose contra el suelo los hizo mirar en todas direcciones. Cerca. ¿Qué había pasado? Un sonido chorreante.

Mateo parpadeó y suspiró, relajándose, mientras que los demás continuaban tensos, a punto de echarse a temblar.

—Los baños —dijo —. Los que están al fondo del corredor. Como pasó con la alcantarilla, los excusados y lavabos estallaron.

—¡No lo digas con tanta calma! —gritó Irving, tomándose el pecho como si le fuera a dar un ataque cardíaco.

—Tenemos que seguir —interrumpió César, aguantándose la risa. Le dio unas palmaditas a Esteban —. Y tan pronto estemos juntos y dentro del edificio, vamos a estar bien.

Esteban asintió, aun nervioso.

Se acercaron al almacén, pisando un charco de agua colorida al pasar frente a los baños. De pronto, una peste los abofeteó.

—Augh…

—¿Qué es ese olor? —se quejó Irving, cubriéndose la nariz con ambas manos —. ¡Ugh! ¿Es solo del baño?

—Seguro que sí.

—Pero hay algo diferente, ¿no lo huelen? Un olor a…

—¿A mierda? —interrumpió Esteban —. Solo encontremos esa linterna y larguémonos de aquí.

La noche por fin había comenzado y comenzaron a avanzar con mayor cautela, pues apenas lograban ver algo entre los parpadeos de las luces del pasillo y los relámpagos. De pronto temieron que las ventanas no pudieran soportar la feroz lluvia por mucho más tiempo.

Al tener la puerta del almacén en frente, sintieron que pisaban otro charco. Pero… Pero este era distinto. Era ¿pegajoso?

—¡Ah! ¡Es asqueroso! —chilló Irving. Comenzó a tener arcadas, pero negó con la cabeza y luego señaló la puerta —. Viene de ahí. No es el baño, ¡hay algo ahí! ¡Algo que apesta!

Mateo dio un paso al frente y estiró una mano mientras que con la otra se cubría la nariz. Los nervios y el hedor le obligaron a abrir la puerta de un empujón. Retrocedió antes de que esta se estrellara contra la pared, y los cuatro vieron por fin a la maestra.

Un relámpago iluminó su cuerpo empapado de sangre.

César gritó a todo pulmón y salió corriendo, dando traspiés al tiempo que sucumbía ante el llanto. Irving vomitó, le dio la espalda al almacén y cayó de rodillas mientras devolvía el estómago, manchándose la ropa y las manos. Esteban retrocedió un paso, se quedó congelado y luego echó a correr.

Mateo se quedó de pie, sin poder moverse.

No podía ni parpadear.

El charco bajo sus pies era sangre. Sangre de la maestra.

El almacén estaba salpicado de su sangre desde el techo hasta el suelo por líneas espesas que seguían goteando.

El cuerpo de la señorita Navarro estaba justo frente a Mateo, mirando al techo con ojos perlados de lágrimas y la boca abierta como si le faltase el aire.

Tenía la camiseta de su uniforme rasgada por el abdomen y el hombro derecho, exponiendo pedazos de músculo, tripas y huesos. Tenía una herida profunda en la pierna izquierda. Su rostro y cuello estaban plagados de cortes que le deformaban la expresión; uno de ellos tan profundo que amenazaba con hacer caer el ojo derecho de su cuenca.

Estaba sentada, con la espalda recargada contra la pared y las piernas abiertas. Coágulos de sangre le resbalaban por los muslos. Había perdido un zapato.

Mateo negó con la cabeza.

Todas sus heridas parecían frescas, pero ella parecía haber muerto desde hace mucho tiempo.

Escuchó que los demás gritaban y discutían. Parpadeó y retrocedió, pero apenas levantó la mirada vio una linterna; aguantó la respiración para tomarla y tan pronto la tuvo entre los dedos salió corriendo en busca del resto.

Los encontró en el pasillo más alejado del primer piso, donde la luz aún no fallaba ni parpadeaba. Todos estaban acurrucados contra el suelo, abrazándose las piernas y cubriéndose los rostros; César estaba llorando histéricamente mientras Irving intentaba calmarlo. Esteban miraba al vacío, pálido como un muerto.

Todos lloraban, y mateó no tardó en unírseles.

—Tienes que calmarte —rogó Irving, tomando a César por los hombros.

—¡No-no puedo! —temblaba violentamente —. Está… La maestra… ¿Qué le pasó? ¿Qué fue…?

Se ahogó en sus sollozos.

Mateo se sentó en medio de los tres, mirándolos de uno en uno. Con la inundación, no podrían salir. Su única esperanza había sido masacrada hasta la muerte.

¿Ahora qué?

Capítulo 5

¿No poder escapar de la escuela?

¿Y por cuánto tiempo?

¿Por cuánto más sus padres iban a creer que ellos estaban a salvo?

¿Nadie iba a mandar ayuda?

El hedor seguía en el fondo de sus gargantas por más que lloraran.

Lo que le había pasado a la maestra, ¿también les pasaría a ellos?

—Ah… ¿Ah-ahora cómo vamos a volver a casa? —dijo Irving, molesto de escuchar tan solo a la tempestad.

Se atrevió a despegar la vista del suelo y notó que los demás tenían las narices rojas y se limpiaban las mejillas constantemente, muy quietos. Posó la mirada sobre Mateo y se percató de que este llevaba algo en la mano.

—Mat… Encontraste la linterna.

—¿Uh? —levantó la mirada y recordó que había alcanzado a tomarla antes de que el miedo se lo impidiera —. Oh… Sí.

La encendió y esta emitió una luz débil.

—¡Funciona!

—Chicos… —llamó Cesar, con un murmullo, su mirada fija en las huellas de sangre que sus zapatos habían dejado en el suelo —. ¿Podemos…? ¿Podemos irnos? No quiero estar aquí.

La luz del pasillo entonces perdió el control por completo; parpadeó violentamente por varios segundos, lanzando sombras deformes y extrañas sobre las paredes, y reflejos brillantes sobre las manchas de sangre y el charco de agua frente al baño.

Los cuatro volvieron la mirada hacia arriba. Mateo aferró con fuerza la linterna en el momento en que el foco se fundía. Varios relámpagos atrajeron su atención hacia las ventanas, revelando que el resto de la ciudad también se había sumergido en las sombras.

—La electricidad está arruinada en todos lados, y ya es de noche —dijo Mateo, poniéndose de pie y animando a los demás a que hicieran lo

mismo —. Tenemos que ir a otro lado. No importa a dónde, pero no nos podemos quedar cerca… Cerca del…

Todos asintieron. No hacía falta que lo dijera.

Avanzaron a través de los oscuros pasillos, la linterna iluminando varios metros delante de ellos, volviendo todo a su alrededor una posible amenaza. Las sombras creadas por la luz de los relámpagos eran combustible para sus pesadillas, y cuando entraban en áreas donde no había ventanas, sólo podían esperar a que la linterna no se quedara sin baterías.

Al llegar al segundo piso, decidieron entrar en una de las aulas más alejadas, que contaba con ventanas suficientes para aprovechar la luz repentina de los relámpagos en lugar de gastar la batería de la linterna.

Cerraron la puerta y se quitaron las mochilas, sentándose cerca los unos de los otros.

Todos estaban callados, pero eso no le gustaba a Irving. Odiaba el silencio. Quería hablar de algo para evitar pensar en lo malo.

Lo malo…

La señorita Navarro.

Su cuerpo desfigurado.

La idea de acabar en la misma situación.

Pero cuando intentaba decir una palabra, todo lo que salía eran suspiros. Todo de lo que se le ocurría hablar era de lo que habían visto. De lo mucho que habían llorado. De lo peligroso que era quedarse sentados esperando alguna salvación.

De pronto escuchó algo.

Alzó la mirada, irguiéndose, y todos se giraron a mirarlo.

—Creo que escuché algo —susurró.

—¿Un relámpago? —dijo Mateo —. ¿La tormenta? ¿Más inodoros estallando?

—No. Es como si alguien nos estuviera llamando. Escuchen.

Los cuatro fijaron la mirada en la puerta.

Nada.

Nada más que la tormenta.

Aguzaron los sentidos.

¡Ah!

Un sonido como de ramas partiéndose alcanzaba a escucharse desde el fondo del pasillo, y el sonido avanzaba lentamente en su dirección, cerca, cerca, hasta que lograron reconocer una voz lejana murmurando cosas sin sentido. La voz era rasposa y extraña, forzada, de nadie que ellos reconocieran.

Sin decir una palabra, los cuatro se levantaron para investigar.

Se colocaron delante de la puerta y, al ser Mateo quien llevaba la linterna, los demás salieron detrás de él, pegados uno contra la espalda del siguiente. Observaron cómo la luz alumbraba el suelo y no mucho más. El pasillo a lo lejos era negro como boca de lobo. Intercambiaron una mirada silenciosa cuando los crujidos y chasquidos avanzaron a mayor velocidad.

Un gruñido sin forma.

Algo parecido a una risa.

—¿Quién está…? —la frase de César se quedó incompleta cuando la luz logró iluminar un pie descalzo de carne azulada por el cual resbalaban coágulos de sangre.

Mateo elevó la linterna por instinto, iluminando la cara de la señorita Navarro.

Sus ojos se habían vuelto completamente negros, y sangre fresca seguía saliendo de sus heridas, dejando un rastro sobre el suelo. Les dedicó una sonrisa de dientes afilados junto con otra risa ahogada.

Los chicos gritaron y echaron a correr en la dirección contraria, mientras ella avanzaba con las rodillas torcidas hacia dentro y los pies separados, alargando los brazos hacia el frente como si fuera un zombi, al tiempo que sus heridas la obligaban a tambalearse cada pocos pasos.

Caminaba lentamente, dándoles tiempo a ellos de escapar tan lejos como pudieran, al lugar más seguro que encontraron: la sala de maestros. Cerraron la puerta apenas entraron y no tardaron en volver a sucumbir

ante un llanto impotente.

—Te-tenemos que… Tenemos que hacer algo —balbuceó Irving, temblando de pies a cabeza.

—Cubramos la entrada —soltó César, tanteando a su alrededor con ayuda de la luz que lograba traspasar por las ventanas. Irving y Esteban se apresuraron a ayudarle mientras Mateo se aseguraba de mantener la puerta cerrada —. Mat, préstame la linterna.

No hubo respuesta.

Quejidos, lloriqueos.

—¿Mat?

La voz sollozante de Mateo comenzó a pedir disculpas.

—Lo-lo siento… Lo siento, lo siento… —alzó la mirada —. Solté la linterna.

Capítulo 6

—¿Es…? ¿En serio?

—Lo siento, Dios, lo siento… Perdónenme.

—¿Y ahora…?

—Olviden la estúpida linterna —dijo Irving, con cuyas manos temblorosas intentaba coger un escritorio cercano —. Ocupémonos de que no pueda atravesar esa puerta.

—Esto no puede ser —lloriqueó Mateo, sin querer separase de la entrada —. Ella… Estaba muerta. La vimos. ¿Cómo puede andar caminando ahí como si nada?

Nadie respondió, demasiado ocupados amontonando muebles contra la entrada.

—Parecía poseída…

—Sí, sí, como si algo se le hubiera metido.

—La misma cosa que… Que la mató. Eso se le metió.

—¿Qué sentido tiene eso…?

—¿Y si lo alucinamos todo? ¿Y si no vimos lo que vimos?

—Mierda…

—…. Mierda.

—Mierda.

—¡Mierda!

Sus voces se confundieron entre el caos; los muebles rechinaban contra el suelo al ser arrastrados y chocaban contra la puerta al dejarlos caer. Continuaron hablando, llenando el tormentoso silencio con palabras sin sentido con las que todos concordaban y a las que nadie prestaba especial atención.

No entendían nada.

No necesitaban hacerlo.

El miedo les había dado una conciencia en común a la que se terminaron aferrando con todas sus fuerzas.

Al no poder encontrar ningún otro mueble que pudieran mover, retrocedieron para observar el fuerte que habían creado. Lo observaron por largo rato, calmando sus respiraciones y lloriqueos, intentando escuchar más allá de la lluvia que azotaba contra las ventanas.

—Ya no la oigo —murmuró César —. ¿Creen que nos haya visto entrar?

—No sé —dijo Mateo —. Pero no va a dejar de buscarnos.

Silencio.

Se sentaron sobre una alfombra.

—Oigan… —dijo Irving. Todos se giraron a verlo —. Creo que tenemos que pensar en cómo salir de aquí.

—¿Ahh? Pero si acabamos de entrar.

—Digo, a salir de la escuela —dijo, mirándolos de uno en uno —. No sabemos qué vaya a hacernos si nos encuentra, y no creo que sea algo bueno. Quizás estemos a salvo aquí por un rato, pero cuando no nos encuentre en ningún otro lugar, nos vendrá a buscar aquí.

—¿Y cómo saldríamos? Las calles están inundadas y perdimos la linterna; no podemos ni ver sin ella.

—¿Entonces qué? ¿Nos vamos a quedar aquí a esperar a que alguien nos rescate? Nadie si quiera sabe que seguimos en la escuela, ¿no es cierto?

Esteban soltó un suspiro tembloroso, jugando con sus manos.

—Tienes razón —dijo —, pero no hay manera de que podamos salir de aquí en una pieza.

Los cuatro miraron hacia el exterior a través de las ventanas, y finalmente Mateo tomó la palabra.

—Creo que, hasta que se nos ocurra algo, deberíamos descansar.

Se amontonaron debajo de una de las ventanas, directamente en frente de los muebles apilados contra la puerta. Dormitaron e intentaron distraerse la mayor parte del tiempo, pero sus miradas siempre

terminaban dirigiéndose a la puerta, temiendo que fuera abierta.

Esteban miró un reloj después de haber despertado de un sueño intranquilo, y se incorporó de golpe al ver que eran más de las ocho de la noche. Los demás estaban donde los había visto por última vez. Ni siquiera se habían movido.

—¿Todo bien? —murmuró. Era una pregunta estúpida, pero no se le ocurrió nada más qué decir —… Esto… No se me ha ocurrido nada que nos pueda ayudar a salir de aquí. Pensé que… Quizá, si el monstruo se nos acerca… Pudiéramos herirla, pero…

—No creo que resulte —completó Irving —. Con solo verla parece que podría partirnos por la mitad de un solo golpe. Yo tampoco puedo pensar en nada.

—César —llamó Mateo, girándose en su dirección —. Llevas mucho tiempo mirando por la ventana, sin decir nada. ¿Estás planeando algo?

—Sólo veo aquel viejo granero.

Señaló hacia lo lejos. Todos siguieron su dedo. Podía verse un campo de cultivo a uno o dos kilómetros de distancia.

Entre matorrales y árboles se ocultaba una antigua estructura de madera, rodeada sólo por terrenos llenos de vegetación salvaje. Podía verse que, debido a la altura a la que se encontraba, estaba considerablemente menos inundada que las calles que rodeaban la escuela.

—Uh, qué extraño —dijo Irving, sentándose a su lado —. Jamás había visto ese lugar. ¿Quién vive ahí?

—Nadie. Por lo menos, ya no. Hace tiempo un hombre local cosechaba toda clase de alimentos y los vendía a la ciudad, pero cuando murió nadie se quiso hacer cargo de lo que él había dejado atrás. Ahora sólo crecen plantas salvajes.

—Parece muchísimo más viejo.

—Bueno, tampoco a nadie le importa cuidar del granero.

—Justo como esta escuela —refunfuñó Esteban, abrasándose las rodillas —. Ahora me doy cuenta… De que a esta ciudad le gusta conservar lugares inútiles.

—Sí —rio César, pero el comentario le hizo recordar algo. Frunció el ceño y un instante después sus ojos se iluminaron —. Oigan, creo que sé cómo

salir de aquí.

—¿En serio?

—¡Eso creo! —se giró, mirando a Mateo —. Mat, ¿recuerdas la clase de hace unas semanas, donde el profesor de historia se puso a hablar de las viejas alcantarillas?

—Ahh… ¿Esas que ya no se usan?

—Sí. Cruzan la ciudad entera y, como se instalaron unas nuevas para reemplazarlas, por las viejas ya no pasa ninguna clase de deshecho. Ni siquiera cuando se trata de emergencias como esta, como la tormenta o la inundación; ¡las viejas alcantarillas están completamente olvidadas, abandonadas! ¡Son inútiles!

—¿Dices que…?

—¡Sí!

—Pero no sabemos cómo son por dentro. Quizás colapsaron o las llenaron con cemento o algo así; de todos modos, si logramos entrar, no tendríamos idea de a dónde ir. Además, para entrar, ¿no tendríamos que salir a la calle?

Esteban e Irving los miraban como viendo un partido de ping pong, sin entender y sin querer interrumpir.

—Te equivocas —sonrió César —. Porque sé de un lugar perfecto por el que podemos entrar, y también el camino que hemos de cruzar para salir de aquí. —Se giró a mirar al par restante, brillante —. Podremos salir de aquí por el antiguo alcantarillado.

Los dos sonrieron tanto que parecía irreal, ¡ahí estaba! ¡Su oportunidad perfecta!

—Lo único que tienen que hacer es seguirme —continuó César —. Al cruzar ese camino, saldríamos por la calle principal, cerca de la comisaría.

—¡Oh, genial! —gritó Irving, lanzando sus puños al aire.

—¿Cómo entramos a las alcantarillas? —preguntó Esteban.

—Desde un acceso cerca de la caldera de la escuela.

Esteban se limitó a asentir. César lo entendió en su mirada: “si es nuestra

única opción, estoy dentro”.

Mateo los miró, animado por la valentía que todos demostraban.

—De acuerdo —asintió, haciéndolos sonreír a todos nuevamente.

Todos se pusieron de pie. Se acercaron a la puerta que habían abarrotado con tanto esfuerzo para comenzar a liberarla, mueble por mueble. Sus respiraciones comenzaron a volverse pesadas nuevamente, pero estaban determinados.

—Bueno, Mat, ¿en dónde…? —la voz de César fue interrumpida al escuchar un sonido opaco proviniendo de un lugar lejano.

Todos miraron hacia todos lados, deteniéndose en seco. Entonces se dieron cuenta de que la temperatura descendía bruscamente.

—Ella también está en la caldera —murmuró Esteban.

—Rápido —dijo César, empujando y lanzando las sillas y mesas ahora sin cuidado —. Mat, ¿en dónde soltaste la linterna? Vamos a necesitarla.

Capítulo 7

La puerta quedó despejada.

Se alinearon y la abrieron lentamente, echando un vistazo hacia afuera. Los pasillos continuaban envueltos en la negrura de la noche y no se oía nada cerca además de la violenta tempestad. Salieron conteniendo la respiración, intentando no temblar. Sin separarse, caminaron por varios metros e inspeccionaron su alrededor hasta acostumbrarse a la penumbra.

César tragó saliva con fuerza y susurró a los demás mientras señalaba a lo lejos.

—Salimos de aquel salón, así que la linterna debería estar cerca. Busquémosla.

—No nos separemos mucho…

Avanzaron el recorrido de memoria, notando que cada movimiento era acompañado de un temblor involuntario.

—Si la encuentran, no la enciendan —dijo Mateo —. No podemos arriesgarnos a gastar batería hasta que lleguemos a las alcantarillas.

De pronto el pie derecho de Irving chocó contra algo que salió disparado varios metros, estrellándose contra una pared lejana. Los cuatro soltaron gritos ahogados, pero de inmediato se guiaron por el sonido para encontrar la linterna a tientas.

—¡Aquí está! —gritó Irving, apretándola con ambas manos.

—¡Shhh!

—Lo siento…

Comenzaron a avanzar escaleras abajo.

—Recuerden —dijo Esteban, relamiéndose los labios —, lo más seguro es que nos topemos con ella al llegar a la caldera; bien porque ella fue la que la arruinó o porque irá a investigar creyendo que nosotros lo hicimos. De cualquier manera…

—Eh, qué listo, Esteban.

—Sí, ah… Como sea…

—Cuando la veamos —continuó Mat —, no tengan miedo. Sólo tenemos que correr, alejarnos de ella, y no dejar a nadie atrás. ¿Oyeron?

—Yo iré primero —dijo César.

Avanzaron ayudándose de las paredes para guiarse a través de lo que ahora se había convertido en el lugar más tenebroso que ninguno conocía. Ya no podían concebir la idea de que, hace horas, cruzaban esos mismos corredores sin idea del horror que se desencadenaría sobre ellos.

Cuando por fin bajaron hasta la primera planta, sintieron bajo sus pies un charco enorme de agua, y tuvieron que detenerse en seco para analizar lo que había sucedido. Al observar con más cuidado, se dieron cuenta de que un par de las ventanas del pasillo se habían hecho pedazos por la tormenta, dejando entrar parte del aguacero por los vidrios rotos.

—Ay, no… —murmuró Mat, mirándose los pies, cubiertos de agua hasta los tobillos —. Los retretes no han dejado de tirar agua y, si es que esas ventanas llevan mucho tiempo rotas, el piso entero debe estar inundado.

—Mierda, por eso se jodió la caldera —dijo Esteban —. Al caerle tanta agua, y con lo vieja que está…

—Entonces, el sótano, ¿está inundado? —terció Irving, atontado —. ¿Ya no vamos a poder salir?

—Vamos a escapar, tranquilo… Confíen en mí —dijo César.

—Esperen, ¡silencio! —ordenó Esteban, poniéndose pálido —. Es… Escuchen…

Chapoteos… Gruñidos… ¡Sonidos que se acercaban!

—¿De dónde viene? —chilló Mateo, mirando en todas direcciones, pero sin poder moverse un paso.

—La caldera está girando el corredor —murmuró César —, pero no puedo ver nada.

—Se está acercando —lloró Irving, aferrándose al brazo de Esteban como si este pudiera hacer algo para salvarlos —. ¡Se está acercando!

Miraron de un lado al otro sin alcanzar a ver nada más que segundos de luz por los relámpagos, y apenas podían distinguir los sonidos que creaba

el monstruo porque la tormenta terminaba sofocándolos. Las pisadas continuaban acercándose, cada vez más rápido. La criatura ya los había visto, pero, ¿dónde estaba?

César se colocó delante de los demás, tentado a encender la linterna.

Escucharon bufidos, palabras entrecortadas, algo rasguñando la pared más cercana.

Una carcajada monstruosa.

Volvieron a percibir la peste nauseabunda; sentir a esa presencia tan cerca les hizo escuchar un pitido en los oídos.

—¡¿Dónde está?! —gritó Irving —. ¡Por…! ¡Por la mierda!

Avanzó hasta donde se encontraba César y le arrebató la linterna, pálido por el miedo, sin poder pensar.

—¡Irving!

Apuntó hacia delante y la encendió. Irving soltó un chillido monstruoso mientras la luz oscilaba locamente de un lado al otro debido a sus temblores.

La figura de la maestra estaba a menos de dos metros de distancia, a su derecha.

La señorita Navarro estaba allí, con las mismas heridas frescas, los mismos ojos negros, la misma piel azulada y la misma sonrisa de dientes afilados. Sus movimientos espasmódicos se volvían peores a cada instante, y su sonrisa pareció crecer en el momento en que la luz de la linterna parpadeó sobre su rostro.

Al grito de Irving se le unieron los de los demás.

Verla moverse hizo que César pudiera desprenderse momentáneamente de su temor y logró jalarlos a los tres por los cuellos de las camisetas. Los empujó y obligó a correr en dirección contraria: directo a la caldera.

—¡No miren atrás, no miren atrás!

La señorita Navarro logró lanzar un zarpazo al aire, rosando los cabellos de César, y de inmediato comenzó a perseguirlos.

La linterna seguía sus pasos, iluminando todo de forma desordenada, y los chapoteos bajo sus pisadas eran desesperados mientras el agua les hacía

perder velocidad y esperanza rápidamente.

Esteban e Irving chocaron contra la puerta que daba al sótano, Mateo los apartó y César la abrió torpemente tras jugar tontamente con la manija. Tropezó al olvidar la docena de escaleras que llevaban al suelo, y rodó tragando agua sucia hasta zambullirse por completo en lo profundo de la habitación, que tenía por lo menos metro y medio de agua inundándola; los escalones eran como cascadas, que obligaron a los otros a aferrarse del barandal.

Todo allí abajo era borroso, caótico, como si el agua de pronto pudiera materializar brazos para ahogarlos a los cuatro.

—¡César! —gritó Mat, forzando la vista para encontrar señales del chico que había desaparecido bajo el agua —. ¡¡César!!

Irving apuntó la linterna para buscarlo. Iban a medio camino bajando la escalera cuando notaron que, en la esquina más alejada de la habitación, un remolino de agua caía por un desagüe. Vieron una figura luchando contra la corriente mientras intentaba mantenerse a flote, haciéndoles señas.

Los tres intercambiaron una rápida mirada y se zambulleron en las aguas grises que los jalaron hacia donde estaba César.

—¡Ya…! —tosió —. ¡Está…! ¡Está…!

Mat se acercó hasta él y lo tomó por los hombros para que ganara algo de estabilidad. Tenía los cabellos pegados a la frente y escupía agua a grandes cantidades.

—El… La…

—¿Dónde está tu pasadizo del demonio, César? —gritó histérico Irving, tomándolo por la camiseta y dejándole la linterna a Esteban —. ¿Qué hacemos ahora?

—¡Abajo! ¡Aquí abajo!

—¿Ahh…?

—Tenemos que sumergirnos para encontrar la rejilla y caeremos directo en las alcantarillas —dijo por fin, falto de aire —. ¡Rápido…! ¡Rápido o va a alcanzarnos!

—¡Pero si no se puede ver nada bajo el agua!

—¿Por qué no abriste la rejilla? ¡César! —chilló Esteban.

—No puedo aguantar la respiración por tanto tiempo.

Algo cayó por las escaleras, precipitándose hacia donde estaban. Todos miraron en esa dirección, aunque no pudieron ver nada. Mateo soltó un gruñido adolorido. Tenían que moverse.

Se apartó de César, que quedó sujeto entre los brazos de Irving, y tomó la linterna de las manos de Esteban.

—¡Mat!

Cogió tanto aire como pudo y se sumergió cual buzo en dirección al remolino. Fue arrastrado con tanta violencia que fue como si alguien le hubiera golpeado el estómago; abrió la boca para gritar, pero al ver sentir el torrente de burbujas escapándosele de entre los labios, volvió a sellarlos.

Perdió la dirección y tuvo que volver a salir a la superficie, donde todo estaba oscuro y no tenía sentido; el agua caía y se escuchaban gritos asustados.

Volvió a tomar aire. Pegó una mano contra la pared que tenía al lado para orientarse mejor cuando estuviera cubierto por el agua. Se sumergió. La linterna parpadeaba continuamente y sólo iluminaba a un par de centímetros de distancia.

Los ojos de César dolían y ardían intensamente, ¡pero tenía que encontrar la salida!

Se ayudó de la corriente que para que esta lo arrastrara hasta el suelo, dio varias volteretas y se le escapó otro torrente de burbujas por la desesperación, pero se obligó a no volver a la superficie.

Vio agujeros pequeños que acarreaban el agua y la dejaban caer a un vacío lejano; soltó la linterna, perdiéndose de inmediato en la oscuridad que lo envolvía, y aferró sus dedos a los agujeros de la reja.

No podía abrirla.

Cerró los ojos y continuó jalando la rejilla hacia sí, pero esta no cedía.

Era su fuerza contra la de cientos o miles de litros de agua que empujaban la rejilla hacia el otro lado. ¿Ahora qué? Iba a ahogarse sin poder hacer nada para salvarse a sí mismo o a sus amigos. Iban a morir

todos juntos, inocentes e impotentes, y todo sería su culpa.

Abrió los ojos cuando recordó su encuentro en la librería.

¿Qué habían hecho entonces? ¿Cómo habían podido abrir la puerta?

Escuchó que una voz gritaba en el fondo de su cabeza, decía que empujara al mismo lado que la corriente, y así lo hizo, pero sus pulmones ya no resistían.

Emergió por tercera vez y de reojo creyó ver a sus amigos luchando con una figura, golpeando el agua y huyendo y gritando en medio de la oscuridad. Tenía que apresurarse ahora más que nunca.

Se metió en el agua con los pies por delante y estrelló los talones con tanta fuerza como el agua se lo permitió contra la rejilla. Siguió pateando y pisoteando, con los dientes apretados, deseando ser más pesado y más grande.

Escuchó un estruendo y de pronto la corriente se lo tragó.

Se precipitó dentro del agujero junto con una cascada de agua.

Cayó de espaldas, amortiguado por el líquido, y tragó agua por el grito sorprendido que soltó; abrió los ojos y entre el dolor y la fatiga razonó que lo había logrado, ¡sí, lo había logrado!

Se incorporó con dificultad y se apartó dando trompicones de la corriente para mirar hacia arriba.

—¡Oigan! —su voz retumbó en las profundidades del lugar, completamente oscuro, lleno de rocas y con olor a polvo, barro y humedad —. ¿Me escuchan…?

La cascada continuó precipitándose hacia abajo con un sonido estruendoso, y de pronto Mateo vio figuras que pataleaban y gritaban cayendo por la abertura. ¡Eran ellos!

Se acercó y los ayudó a incorporarse, notando manchas de sangre en sus cabellos y camisetas. El orgullo que había sentido lo abandonó de inmediato.

—¿Qué pasó? ¿Están bien?

—Casi nos atrapa —lloró Esteban, tallándose los ojos y quitándose la pesada chaqueta —. Me… Me lastimó el brazo.

—A mí me rasguñó la frente y casi me muerde el cuello —dijo César, tosiendo y golpeándose el pecho.

—Pero lo lograste, Mat, ¡nos salvaste! —gritó Irving, lanzándose a abrazarlo.

De pronto, algo obstruyó el flujo de la cascada.

Los cuatro miraron hacia arriba y vieron parte del cuerpo de la maestra atascado en el agujero en la rejilla. Era demasiado pequeño como para dejarla pasar.

Se congelaron al verla batallar contra la fuerza del agua.

—Vámonos de aquí —dijo César, sonriendo al recoger la linterna que había logrado caer con ellos y que, por algún milagro, seguía funcionando.

—Qué suerte… —dijo Mat.

—Síganme, rápido.

Capítulo 8

Echaron a correr. A pesar de que el agua continuaba cubriéndoles los tobillos, lograron avanzar más de veinte metros y doblaron hacia la derecha cuando escucharon cómo el monstruo por fin caía a las alcantarillas con ellos.

—Mierda, mierda, mierda… ¿Hacia dónde vamos?

—¿César? —dijo Irving, sobándose el costado, herido por la caída —. ¿No dijiste que sabías el camino?

—Lo sé, sólo… ¡Ah!

Comenzó a avanzar a toda prisa por el inmenso túnel, seguido de cerca por los demás. No alcanzaban a escuchar otra cosa por encima del chapoteo que hacían al correr, y sus ojos no lograban acostumbrarse a los tonos marrones y verdosos de las paredes. La linterna moribunda apenas ayudaba en algo.

No podían evitar delatar su posición debido al sonido, pero esta vez no importaba porque no dejarían que ella los alcanzara.

Avanzaron sin detenerse, anhelando que la salida y el final de esta pesadilla se encontraran cerca.

Giraron en varias ocasiones, y entonces lo único que pudieron ver fueron rocas enormes y trozos empolvados de cemento cubriéndoles el paso, como un muro impenetrable.

César se detuvo bruscamente, con la boca abierta. Los demás casi chocaron con él, pero César no se dio cuenta. Continuaba observando el obstáculo, negando con la cabeza como si con eso pudiera desintegrar las rocas.

—¿Qué pasa? ¿A dónde vamos ahora? —gritó Irving, tomándolo por los hombros para que reaccionara —. ¿Qué pasa?

—Se supone que deberíamos seguir hacia delante. ¡Se supone que saldríamos a la superficie si seguimos derecho, pero ahora no podremos!

—¿Qué?

—Maldita sea —gruñó Mat —. Sabía que era mala idea, ¡te dije que podía haber algo así aquí abajo!

—¿Y ahora qué? —dijo Irving, pegando un respingo al notar que el chapoteo enemigo se encontraba a la vuelta de la esquina —. ¡A-agh! Nos va a alcanzar, ¡tenemos que correr!

—¡No sé hacia dónde! Acabaremos perdidos y…

—Estaremos perdidos, pero no muertos —siseó Esteban, interponiéndose entre ellos —. Rápido: ¿izquierda o derecha?

—César, tú conoces los caminos —dijo Mat, mirando de un lado al otro —. Habla ya.

—¿Izquierda o derecha?

César echó un vistazo alrededor, pensando tan bien como el temor y el cansancio se lo permitían.

Esteban lanzó un grito de advertencia cuando vio a la señorita Navarro al final del pasadizo, y los demás continuaron presionando a César para que hablara.

—Derecha —murmuró, y los demás no esperaron otra palabra para echarse a correr en esa dirección. César entonces negó con la cabeza y los detuvo con un grito —: ¡No, no! ¡A la izquierda, vamos a la izquierda!

Escucharon una risotada grotesca mientras desaparecían de su visión, mientras el miedo les hacía creer que los ecos de la carcajada los llamaban a cada uno por su nombre.

No tardaron en encontrarse con una subida repentina en el nivel del agua, como si a lo lejos hubiera una abertura que dejara entrar parte de la lluvia del exterior; el andar se tornó dificultoso cuando, sin previo aviso, el túnel se volvió empinado.

—¡Estamos llegando! —dijo César.

Tan súbitamente como antes, las paredes a su alrededor se volvieron más pequeñas, más delgadas, dejando escuchar claramente la tormenta. El techo se volvió más bajo a cada metro que avanzaban, tanto que incluso levantando una mano ellos podían alcanzarlo.

El agua pronto fluyó a toda velocidad bajo sus pies. Grietas grandes aparecieron por todo el túnel, dejando pasar barro y lluvia, haciéndolos resbalar y tropezarse.

El lugar se volvía más y más estrecho, pero continuaron andando hasta que tuvieron que dejar de correr porque todo se había tornado tan

pequeño que la única forma en la que podían avanzar era a gatas.

El agua les cubría los codos. Sus cuerpos seguían empapados y helados. César iba al frente, pero apenas podía avanzar a prisa pues estaba muy enfocado en sostener firmemente la linterna.

Irving levantó la cabeza y entrecerró los ojos para intentar ver a través de las grietas, pero no logró distinguir más que nubarrones y lluvia.

—¿Dónde estamos? —gritó.

—No estoy seguro —dijo César —. Pero si el agua fluye con tanta fuerza, debe haber una salida por aquí cerca.

—Esperen —dijo Esteban, deteniéndose —. La maestra… Ya no la escucho.

—¿Eso es bueno o malo?

—César, dame la linterna.

Pasaron la linterna de mano en mano hasta que Esteban pudo sostenerla firmemente. Los demás se giraron a verlo.

—¿Creen que la hayamos perdido? —preguntó Irving, mientras Esteban retenía la linterna apagada. Nadie le respondió por temor a decir algo incorrecto.

Esteban parpadeó un par de veces y se restregó los ojos con una mano. Por fin levantó la linterna y la apuntó al agujero negro que había más allá de sus pies. Encendió la luz y al instante se arrepintió; los cuatro gritaron con todas sus fuerzas y la linterna se le escapó de entre las manos, arrastrada por la corriente hasta chocar con la mujer que les sonreía desde el fondo del túnel.

El monstruo soltó una carcajada al verlos intentar alejarse torpemente de ella, otra vez al borde del llanto.

Metros atrás, la criatura había decidido permanecer en silencio e intentar acercárseles de esa manera, deslizándose lentamente por el pequeño túnel. Gruñía y reía para sí al verlos tan confundidos y desesperados.

Ahora que habían decidido echar un vistazo, ella ya se había fracturado varios dedos de ambas manos tras haber rasguñado tan violentamente las paredes, y las orillas puntiagudas de las grietas le habían abierto heridas largas en las costillas. Su sangre sequía viéndose igual de fresca que

antes, y su sonrisa asquerosa se volvió aún más espeluznante.

Estaba a tres metros de ellos.

—¡Allí hay una escalera! —gritó César, sintiendo un fuego inexistente quemándole el pecho. Subió rápidamente por ella y sobre él había una gran tapadera de cemento, hecha pedazos por entre los cuales resbalaba el agua —. No se detengan.

Para cuando César comenzó a apartar un trozo de la tapadera, Mateo ya se encontraba dos peldaños debajo de él, y el par restante no paraba de maldecir a gritos la situación.

Sintieron el torrencial caerles encima momentos después. Jamás hubiesen pensado que estarían tan felices de sentir la lluvia empapándolos. César se apresuró a salir, ayudando luego al resto, que no pararon de gritar hasta haber salido por completo del alcantarillado.

El viento les heló hasta los huesos, alborotándoles el cabello húmedo y las ropas empapadas. No intentaron siquiera recuperar el aliento cuando echaron a correr lejos del agujero en la tierra, inspeccionando rápidamente su alrededor. Todo estaba cubierto por barro y vegetación salvaje ya muerta y ahogada.

A veinte metros de distancia se encontraba una vieja casa de madera, que parecía poder derrumbarse con un empujón.

Se le acercaron. Irving se asomó hacia dentro por una ventana rota.

—Oye —dijo —… ¿No es este el granero que vimos por la ventana?

—Sí —dijo César, colocándose a su lado, confundido —. Pero… ¿Cómo…?

—¿Cómo llegamos tan lejos? —complementó Mat, sin tener idea de que habían pasado más de treinta minutos corriendo y avanzando entre las alcantarillas.

Los cuatro miraron hacia el horizonte, hacia el mundo obscurecido que se extendía ante ellos. Localizaron a lo lejos cómo su escuela era presa de la inundación.

Las calles se habían transformado en ríos negros que arrastraban toda clase de deshechos consigo, mientras las pocas casas visibles estaban completamente destrozadas. Observaron la escena con bocas abiertas, aturdidos. Todo parecía parte de una película de ficción, con ellos como los únicos sobrevivientes.

—Ahora… ¿A dónde vamos?

—Creo que el único lugar seguro ahora… Es este granero.

Capítulo 9

Se acercaron a la entrada con cuidado, temerosos de lo que pudieran encontrarse dentro.

Al abrir la puerta descubrieron que el lugar estaba plagado de montones de heno, herramientas oxidadas, y uno que otro mueble de madera astillado.

No era muy oscuro gracias a sus numerosas ventanas, dejando pasar la breve luz de los relámpagos que continuaban atronando en la lejanía.

—Es horrible —suspiró César —. Pero está seco. Más seco que allá afuera.

—Y aquí podremos descansar un poco —dijo Irving —. ¿Cómo están sus heridas?

Para cuando entraron a la choza, la lluvia ya los había limpiado de los residuos de las alcantarillas. Decidieron sacarse las chaquetas y dejarlas ordenadas en una mesita, para luego revisarse las heridas que comenzaban a arder, pero habían dejado de sangrar.

Se aproximaron hasta la ventana más cercana y se acurrucaron debajo de la misma al tiempo, hombro contra hombro. Enseguida se percataron de lo agotados que en verdad se encontraban tras haber subido y bajado tantas escaleras, y tras haber recorrido el enorme laberinto que ahora descansaba bajo sus pies.

Irving fue el primero en quedarse dormido, con la boca abierta, sobre el pecho de Esteban, que apenas presentaba pelea contra el sopor que le invadía. Los parpados de los otros dos se cerraban involuntariamente. Sus músculos se relajaron hasta el punto en que no podían mover ni un dedo.

Fueron vencidos por la fatiga, creyendo que estarían a salvo, olvidándose de que aquel monstruo no dejaba de desplazarse lentamente para alcanzarlos.

…

Mateo recuperó la conciencia por una corriente especialmente fría que bajó por la ventana. Se removió y volvió a cerrar los ojos, recargando su cabeza contra el hombro de Esteban, que soltó un estornudo agudo e hizo una mueca entre sueños.

Apenas un instante después Mateo se dio cuenta del error.

—¡Nos quedamos dormidos! —gritó, mientras los demás se espabilaban, tan asustados como él —. ¿Qué nos pasa? Quedarnos a descansar fue una mala idea.

—¿Por cuánto tiempo estuvimos así? —preguntó César, poniéndose de pie al igual que los demás. Estaba pálido de frío y miedo.

—No sé —lamentó —. Pero mejor nos largamos, ya mismo. No importa a dónde.

Caminaron hasta la puerta, pero cuando la abrieron localizaron a una figura encorvada a diez metros, que realizaba movimientos lentos, buscándolos.

Gritaron; Esteban retrocedió instintivamente, chocando con Irving y cayendo ambos al suelo, mientras el par restante permaneció congelado, mirando a la figura. En el momento justo que Mat se apresuró a cerrar la puerta, percibieron cómo el ente se giró en redondo para verlos.

—¿Nos vio? —siseó Irving, retrocediendo estúpidamente, sin lograr apartar la mirada de la puerta —. Por la mierda, ¿nos vio?

Los cuatro se alejaron lo más posible de la entrada y escucharon a lo lejos cómo la tierra cedía ante los pasos rápidos de quien les perseguía. Chocaron con los objetos esparcidos dentro del granero, y pronto sus palpitaciones fueron lo único que lograron escuchar con claridad.

La puerta se abrió. Se quedaron mudos al ver una luz clara y brillante.

Quien la sostenía no era la señorita Navarro, era un hombre anciano, vestido con un impermeable verde que le cubría el cuerpo entero. Apuntó a cada uno de ellos con la linterna de alta potencia, soltando un suspiro que ellos interpretaron como de alivio.

—Niños, ¿qué hacen jugando aquí? —preguntó, sin moverse de lugar —. Es muy peligroso, en especial con la tormenta. ¿Se encuentran bien?

—So… Sólo queremos ir a casa —dijo Irving, temblando —. ¿Nos puede ayudar?

—¿Es eso sangre? —el anciano hizo una pausa —. ¿De dónde vienen?

Irving abrió la boca para intentar relatar de forma frenética la historia que los había llevado hasta ese lugar, pero antes siquiera de que lograra decir una palabra, un sonido similar a tela rasgándose le interrumpió.

La señorita Navarro volvió a aparecer ante ellos, detrás del anciano congelado en su lugar. Los cuatro vieron cómo la mano derecha del

monstruo atravesaba el vientre del hombre desde su espalda. Un torrente de sangre estalló desde la herida y los intestinos rosados cayeron desde el boquete abierto en su carne, mientras la mano de la criatura arrancaba el estómago de lugar.

Los cuatro rompieron a llorar histéricamente, gritando cosas sin sentido y temiendo que esas fueran sus últimas palabras; César se cubrió los ojos y pataleó mientras Mateo se tallaba la cara para limpiarse la sangre de encima. Esteban comenzó a tener arcadas y violentos temblores, e Irving se orinó encima, sin parar de gritar y chillar.

Mateo fue el único que apartó la vista de la escena a tiempo, dirigiéndola hacia la ventana más cercana mientras la señorita Navarro intentaba apartar al cadáver de enfrente. Mat tomó un martillo oxidado y lo arrojó hacia el cristal, que estalló en cientos de pedazos, y el ruido captó la atención de los demás, quienes reaccionaron para cruzarla rápidamente.

Se empujaron los unos a los otros, se ganaron nuevos raspones y arañazos que no percibieron, y echaron a correr a toda velocidad tan pronto sintieron la tierra bajo sus pies.

Empezaron a comunicarse mediante gritos, acordando en seguir escapando tan rápido como pudiesen en dirección a los lejanos prados llenos de vegetación y cosechas muertas, pues no deseaban adentrarse entre los árboles y matorrales que había a la otra dirección.

Sería más sensato correr en dirección a la civilización, así que eso hicieron.

Sintieron un ardor terrible que les recorría los pulmones y les aprisionaba la garganta, sus piernas temblaban, y sentían la boca seca, pero no podían arriesgarse a detenerse, ya no.

Vieron varias veces por encima de sus hombros y el terror los hizo sentirse impotentes nuevamente cuando notaron que el monstruo les perseguía con mayor velocidad, como si estuviese cansada de tantos juegos y el enojo le diese el impulso necesario para continuar a pesar de su cuerpo maltrecho.

Se adentraron en el terreno repleto de plantas marchitas e instantáneamente el barro bajo sus pies se convirtió en una trampa movediza; quedaron enterrados hasta las rodillas, azotados por el viento y la lluvia, mientras batallaban contra las ramas que les golpeaban el cuerpo entero.

De pronto, el simple pensamiento de saber que sus vidas eran tan delicadas como las platas a su alrededor, les hizo tener ganas de

continuar llorando.

Avanzaron dando saltos, se rebasaban los unos a los otros, gruñendo y maldiciendo por varios metros que les parecieron interminables, hasta que lograron alcanzar nuevamente terreno sólido.

Subieron por una pequeña colina de tierra llena de piedras que les rasparon las manos y, al encontrarse en la cima, sus ojos se encontraron con luces alejadas de varias patrullas estacionadas a la orilla de una calle vertical a ellos.

—Nos… ¿Nos salvamos? —susurró Esteban, cayendo de rodillas y llevándose las manos a la cara.

—¡Hey! —gritó Irving, saltando sin parar mientras hacía señas e intentaba llamar su atención a toda costa —. ¡Holaaaa! ¿Nos oyen? ¡¡Heeeyyyy!!

—Sigamos corriendo, no creo que puedan escucharnos –se adelantó César, casi cayéndose por no avanzar con cuidado –. Vamos.

Le dieron la razón, emprendiendo carrera en aquella dirección. Cuanto más cerca veían a los oficiales yendo de un lado al otro, más tenían fuerzas para continuar, y entonces lograron distinguir a sus respectivos padres intentando hacer algo para encontrarlos.

A la par que sentían cómo la esperanza superaba al cansancio, advirtieron que el temor de toda la noche se tornaba más intenso. Temieron no alcanzar su salvación al sentir aún la mirada furiosa y grotesca del ente que, por azar del destino, les había declarado la guerra.

Como si algo los llamase a hacerlo, los cuatro se detuvieron, intercambiaron una mirada, y luego dirigieron la vista hacia atrás. En lo alto de la colina que habían bajado, se encontraba la criatura devolviéndoles la mirada, sonriente, pero ya no parecía dispuesta a avanzar. Jamás habían sentido un vacío en el pecho tan grande como el que les provocó ella, en ese preciso momento, porque parecía estar maquinando un plan retorcido para atormentarlos. Su sonrisa delataba que no sólo era una criatura sedienta de sangre, sino que era un ser capaz de pensar tanto o más que ellos, y eso era mil veces más peligroso.

La señorita Navarro levantó una mano robóticamente, como tirada por la cuerda de un titiritero, y comenzó a mecerla de un lado al otro para despedirse de los chicos.

Hasta luego, decían sus labios.

Los niños se quebraron.

Corrieron una última vez, y sus gritos fueron tan fuertes, tan desesperados, que por fin lograron captar la atención de los policías desde lejos.

Cuando los alcanzaron, intentaron explicar que alguien los perseguía, que los iba a lastimar; señalaban a lo lejos y rogaban para que alguien hiciera algo al respecto, pero los adultos los llevaron hacia sus respectivas familias sin creerles mucho más.

Pasó un buen rato hasta que lograron dejar de llorar, y transcurrió otro par de horas hasta que lograron tranquilizarse del todo. La lluvia había disminuido mágicamente desde que el monstruo desapareció, hasta convertirse en sólo una brisa helada.

Las autoridades habían llamado a una ambulancia para curar las heridas de todos y proveerlos con ropas calientes y algo de comer, mientras varios oficiales se atrevieron a investigar acerca de la maestra que los perseguía.

No encontraron nada en la escuela o el granero además del auto abandonado de la señorita Navarro. Ni al hombre muerto, ni los restos de sangre en el armario del conserje.

Extrañamente, los chicos presentían que algo así pasaría.

Sabían que la criatura no se había atrevido a dar otro paso para no arriesgarse a ser vista por los adultos, para que las historia pareciera un delirio de niños disparado por el temor a la tormenta y la inundación, y para que así nadie descubriera la verdad de su naturaleza, de por qué vino o por qué los quería atrapar.

El amanecer despuntaba el horizonte cuando aceptaron que nadie aparte de ellos sabría todo lo que en verdad había pasado y que, si no fuera porque habían estado juntos hasta el final, quizás ahora no estarían con vida.

Esteban había pasado varios minutos observando a los tres chicos restantes que se habían reunido en medio de los autos y las personas curiosas que preguntaban qué les había sucedido. Esteban veía que estaban en silencio, sin decir una palabra, solamente mirándose, y supo que tenía que ir con ellos.

Le recibieron con sonrisas cansadas. Estaban vendados y parecían haber perdido peso e inocencia.

—Hola —saludó, sin saber exactamente cómo hablar acerca de lo que todos sentían, así que permanecieron un momento en silencio hasta que se le ocurrió decir algo con sentido —. Oigan… Lo que pasó esta noche… Bueno, ¿saben? Creo que no podría haber salido de esto sin ustedes.

—Quizás desatamos un poder extraño al conocernos —comentó Mat —. Pero, juntos, parece que supimos cómo vencerlo… O, bueno, supimos cómo sobrevivir.

—Lo que sea que eso haya sido, va a volver —dijo César, mirando al suelo y a sus compañeros por turnos —. También lo sienten, ¿verdad?

—Entonces, hay que quedarnos juntos hasta que eso pase —sonrió Irving, levantando un puño tembloroso hacia el centro del círculo que los cuatro conformaban —. Juntos hasta su regreso, ¿eh?

Los demás imitaron ambos gestos y, de pronto, se olvidaron de todo lo demás; del temor, la desesperación, la impotencia, de lo que podría pasar si no se hubieran conocido, de un futuro plagado de misterios que sólo serían resueltos si decidían continuar su enfrentamiento contra ese ente y de lo que eso podría conllevar para sus mentes y cuerpos tan jóvenes.

Todo quedó en el vacío cuando unieron sus puños en el aire, sintiendo escalofríos que les aseguraron que su amistad emergente era mucho más fuerte que el enemigo.